

Carmen estaba allí; pero prefería verla al salir, que ahogarme y que aguantar el chaparrón de rimas laudadas. Y a propósito, ya que hago mi autobiografía, declararé que no profeso gran afición ni a los versos excelentes, y que los malos, del género Trinito, lejos de exaltarme la fantasía, me causan una especie de desprecio cómico y de reacción de prosaísmo. Tengo la arrogancia de creer que mi historia con Carriña Aldao es más poesía que el *Himno a Helenes*.

Al concluirse el discurso resonaron aplausos y salieron a la puerta unos cuantos espectadores, rendidos de calor, agradecidos a que la perorata sólo hubiese durado hora y media. Entre ellos venía el director de *El Teucrense*, que me tocó en el hombro.

—¿No sabe lo que acaba de hacer su tío?—me preguntó.—Se encuentra en los pasillos con el suegro y la mujer, y ni siquiera les saluda. No se habla de otra cosa en el teatro.

—¿Y el discurso de Añejo?

—¡Hombre!... Poquita voz, poquita gracia... unas palabras tan enrevesadas que casi no se entienden... Nos habló de los trovadores y de los troveros... nos dijo que caminásemos a la apoteosis de Galicia, haciendo muchos Certámenes por el estilo de éste que él preside... y nos encargó que no nos extraviásemos imitando a los *decadentistas... decadentistas*, así como suena. Yo no sé que en Pontevedra haya decadentista ninguno. Me parece que el público entendió: *dentistas*. Mañana en *El Teucrense* voy a ver si publico un extracto del discurso: por eso he tomado apuntes. Ahora vuelta al horno, a ver cuando dá fin esa lata de poesías. No nos llega la camisa al cuerpo, de miedo a que el autor de *Os Turrichaos* nos endilgue su leyenda sin perdonar octava. Esperamos que el Presidente pondrá coto a tamaño abuso. Si no, como decía el cura tartamudo, te... te... tenemos misita hasta las cu... cu... cuatro. ¿Qué hace usted ahí? Entre a oír los cantos de la Musa.

¡Entrar! Preferí darme una vuelta por el pueblo y volver a apostarme a la puerta cuando racionalmente supuse que faltaba poco para acabarse la función. Pero sin duda el autor de *Os Turrichaos* no había perdonado al público ni una octava, pues todavía esperé largo rato. Por fin empezó a vaciarse el local. Todo el mundo, al salir, respiraba como quien se ve libre de una carga enojosa: las fisonomías se dilataban al contacto del aire fresco, y el sol les infundía regocijo; había suspiros de satisfacción y voces que sonaban alegres, sacudiendo el enervamiento de la insufrible ceremonia. Salió Carmen entre su marido y don Apolo: al paso de este grupo la gente abría camino y oíanse murmullos de curiosidad.

XII

Al otro día del Certamen se celebraba el baile del Casino. La titi asistiría, porque su marido la obligaba a exhibición continua mientras durasen las fiestas y fuese preciso imponerse y ganar prestigio contra los dochanistas. Me preparé a concurrir también al *festival* (así decía *La Aurora*), y a las diez ya vagaba como alma en pena al través de aquellos salones, no ocupados a la sazón sino por el Presidente y algún individuo de la directiva, que daban los últimos toques a la decoración y se enteraban de cómo andáramos de flores, polvos de arroz y horquillas en el tocador, «digno de *Las mil y una noches*,» afirmación de *La Aurora* también.

Empezó a acudir la gente en pelotones, pues es raro que en bailes de provincia entre una familia sola, antes suelen reunirse para arrostrar la situación desairada de los primeros momentos. Divanes y banquetas fueron alegrándose con los colores delicados del traje de las señoritas, y al tocar la orquesta la

primera polka, seis u ocho parejas salieron ya bailando con ímpetu, teniendo el salón por suyo. En poco tiempo aumentó la concurrencia de tal modo, que la circulación se hizo difícil. Y Carmiña sin presentarse.

A eso de las doce menos cuarto realizó su entrada del brazo de don Apolo, que desplegaba con ella galantería senil. No hay mujer en el mundo, al menos el mundo tal cual hoy le conocemos, que, por santa que sea, no trate de parecer algo mejor en un baile; y Carmen, a pesar de su completa abnegación, de fijo había consagrado aquella noche un ratito al espejo. Llevaba su acostumbrado vestido blanco, pero refrescado, adornado con piñas de rosas; en el pelo flores naturales y alguna joya discretamente prendida. Sus largos guantes de Suecia disimulaban la ya angulosa línea de sus brazos. No diré que estuviese bonita: había allí tantas caras radiantes y juveniles, que a ellas con justo título pertenecían los honores de la belleza plástica. Mis ojos, sin embargo, apartándose de los lozanos botones en flor, iban en busca de la rosa mística, de la hermosura puramente espiritual, patente en un rostro consumido por la pasión y la lucha. Si yo no viese allí aquel rostro, tal vez hubiese bailado con las lindas muchachas que aguardaban pareja. Pero no quise. Mirarla a hurtadillas era mejor.

A su lado estaba Añejo. Ella le oía y contestaba con afabilidad, tratando de no levantar la voz ni hacer ademanes en que se fijase el concurso. ¿De qué le hablaría don Apolo tan seguido y tan acaloradamente? Supe después que del éxito de su gran *Elegía a la rota del Guadalete*, oída con suma benignidad por el rey Alfonso XII e impresa a expensas de una corporación doctísima. Mi tío dejó a su mujer entregada a la *rota del Guadalete*, y dando una vuelta por el salón, no tardó en reunirse con el director de *El Teucense*, que, muy deferente y solícito, se le acercó diciendo: «¿Don Felipe, qué hay? ¿Qué se le ocurre?

Estaban tan cerca de mí, que pude oír la respuesta. Con voz más quebrantada de lo que acostumbraba, respondió mitío: «Hombre, días pasados me sentí muy bien... Pero hoy no sé cómo ando. Tengo un cansancio y un hormigueo en los pies... Y a veces dolores. Creo que estoy perdido de reuma. Las pensiones de la vejez, que empiezan a cobrarse ya». Eh, qué vejez, ni qué rabo de gaita, ¡si es usted un muchacho!—protestó el periodista.—Cuidarse y no criar bilis, que ya fastidiaremos a los de *La Aurora* y a la gente que nos impone el *Santo*. Si le da la gana de mandar, que mande en Compostela, donde posee su distrito y donde ha empleado hasta a los *correcañes* de la catedral. De aquí hemós de espantarle. Mire usted, D. Vicente tendrá todo el talentazo que guste y que la gente le reconoce; pero en sus protecciones toca el violón más que nadie. ¡Cuidado con haber entregado el pueblo a Dochán, a Paredes, a Rivas Moure, a Requenita y a toda esa chusma de *La Aurora*! Hay días que le entran a uno ganas de hacer una barbaridad. Ayer en el Certamen me cansé de llamarles pillos; y se lo tragarón, porque hoy no chistan. Mi tío moderó el celo del seide, repitiendo: «Calma, calma y mala intención... A D. Vicente ya le haremos ver que no le queda más remedio sino venirse a buenas y transigir. Crea usted que a estas horas está harto de Dochán y de los compromisos en que le pone... el asunto de los muebles...» No quise oír más, y dejando al cacique y al periodista engolfados en su diálogo, me interné en el salón, atraído por la tití.

Noté que estaba muy acompañada; varias señoras de lo más granado de la población habían ido aproximándose y formando en torno de ella y del señor Añejo ese núcleo superior que inevitablemente se constituye en todo baile o sarao, para desesperación de las que en él no tienen cabida. Un incidente vino a poner de relieve lo que indico.

Cuando las señoras consiguen organizar el susodi-

cho núcleo, despliegan habilidad felina para defenderlo y evitar la ingerencia de elementos extraños o heteróclitos. La media docena de damas que, con mi títí en medio, presidían moralmente el baile, realizando una ingeniosa captación de los divanes, extendiendo las faldas, haciendo que no veían, habían obtenido el deseado aislamiento. Dos o tres tentativas de inmisión fueron desconcertadas rápidamente. Pero sobrevino una que demostró la unión, la sorprendente armonía con que se verificaban los movimientos en el pequeño cuerpo de ejército femenino. Y fué que entró por la puerta grande—casi fronteriza al diván—el señor de Aldao, dando la derecha a su esposa, la cual, a decir verdad, venía muy bonita con su traje claro y su cabello rubio empolvado y crespo. La pareja se dirigió como una saeta al diván; y las señoras, con admirable prontitud, se ensancharon, ahuecaron los trajes, y fingiéndose distraídas y abanicándose precipitadamente, imposibilitaron la colocación de la intrusa. Ésta, llena de sagacidad, a despecho de su inexperiencia, vió desde lejos la maniobra, y tirando del brazo de su sexagenario marido, le apartó del sitio peligroso. Hubo un momento de curiosa ansiedad en el salón; el lance ocurría durante el descanso, y los hombres habían salido, quedando casi despejado el centro de la sala y permitiendo enterarse de todo. La improvisada señora vaciló; no sabía a qué lado dirigirse; temía otro desaire. Por fin, lo hizo hacia la izquierda, sentándose en la esquina de una banquetada ocupada por algunas señoras, de las menos encopetadas del pueblo; como que entre ellas se contaba la familia de un concejal, almacenista de vinos, y la de un fomentador de San Andrés. El marido de Candidiña, después de acomodarla, hubo de hacer lo que todos, retirarse, dejándola en la embarazosa situación de una mujer sola, blanco de ojeadas poco benévolas, y a quien nadie dirige la palabra. Miró alrededor con cierta angustia, y su rosada faz de angelote se

puso repentinamente seria. Para aparecer menos cohibida, hizo gestos, se arregló los encajes del escote, se pasó la mano por el pelo, puso bien la cola, abanicóse, y olió la flor que llevaba en el hombro, casi rozando con la mejilla. Su espíritu imploraba un salvador... y el salvador no tardó en aparecer, en figura de Castro Mera, que de frac, obsequioso y meloso, con el requiebro en los labios y la insolencia en las pupilas, cruzó el salón y se acercó a la señora de Aldao, mostrando más desenfado del conveniente. La conversación entre Candidiña y el diputado provincial pasó a animado cuchicheo, y las señoras sentadas al lado de la de D. Román empezaron a secretar entre sí, no sin algún severo fruncimiento de cejas y algún movimiento de cabeza que desaprobaba enérgicamente.

Yo contemplaba a mi títí desde lejos, y pude notar que no perdía detalle de esta escena. Dos o tres veces advertí en su rostro señales de contrariedad y desazón reprimida, y esos movimientos nerviosos mal disimulados que se escapan a la mujer cuando las conveniencias sociales la obligan a permanecer en un punto y su deseo la lleva a otro. No pudiendo contenerse más, hizo a D. Apolo una graciosa indicación con la cabeza y la mano, y el cantor del Guadalete se inclinó, ofreciendo el brazo con apresuramiento y deferencia. Cruzaron el salón, y, a mi parecer, títí lo verificaba con la dignidad de una reina, con la ligereza de un hada y con la divina sonrisa de una virgen. Y sin dejar de sonreír, entre la espectación general, acercóse a su madrastra, la tendió la mano, y mientras Cándida balbucía, temblando de emoción y de sorpresa: «Muchas gracias.. Carmiña..» la honesta y sublime mujer se inclinó, posó los labios en la frente de la chicuela, y empujándola familiarmente por los hombros, la enganchó casi del brazo de Añejo a la vez que ella tomaba el de Castro Mera, diciendo con dulce autoridad: «¡Me toca a mí!» Cuando atravesaron el recinto para ir a instalarse en el diván,

se oíría el volar de una mosca. En cambio, medio minuto después las acaloradas conversaciones *sotto voce* remedaban el zumbido de una colmena.

«Hizo mal.—No, pues a mí me parece que muy bien.—Es una escena, de todos modos.—¿Usted lo haría?—Yo no; yo pienso de otra manera; soy muy poco *democrática*; esa fregatriz no es para alternar con las señoras desde sus principios.—Pero, en fin, es la mujer de su padre, y consentir que le ponga en berlina...—¿Usted cree que al cabo no le pondrá? Es un golpe de efecto.—No, un rasgo de humildad y de modestia. Es muy buena Carmiña: mire usted que la conozco desde que nació.—Yo también señora.—¿Y el marido?—¡Ayl! ¡Unceta! Ese es más atravesado que Caín; va a armar la de pópulo, porque desde que se casó el suegro no quiere tratarle.—¡Jesús! ¡A ver qué cara pone cuando vuelva del salón de descanso!..—Mire usted con qué expansión le habla la hijastra a la madrastra...»—Etcétera, etcétera

Mi tía, en efecto, dirigía la palabra cariñosamente a Cándida, le hacía los honores y la presentaba a las demás señoras del grupo, quienes, comprendiendo la buena obra, se asociaban a ella por medio de sonrisas y atenciones. De común acuerdo manifestaron a Castro Mera cierta frialdad, y el tenorio provinciano cesó de revolotear alrededor del grupo. Entonces me acerqué yo. El señor de Aldao, asomándose a la puerta del salón, buscaba con la vista a su mujer, y ésta radiante de orgullo, le hizo una seña, a que el viejo obedeció con cuanta agilidad permitían sus años, acercándose al diván. Si mi tía no se encontrase sobradamente recompensada de su acción generosa por la satisfacción de su conciencia, la daría mejor premio la alegría pueril que iluminó el rostro del viejo al encontrar a su mujer sentada allí, en medio de la crema de la sociedad. Entre la hija y el padre se entabló un diálogo en que nada significaban las palabras, y todo la expresión. Sobre la faz d

Carmiña, coloreada por la excitación del suceso, creí ver escrita en caracteres de luz esta divisa: «Honrar padre y madre».

El reverso de la medalla fué la entrada de mi tío. No puedo expresar la transformación de su rostro judaico cuando, al regresar al salón, se dió cuenta de la gran novedad. Primero mostró no querer acercarse al diván; después cambió de propósito, y fué aproximándose lentamente. Ya al lado de su mujer, y haciendo que no veía a D. Román ni a Cándida, ordenó: «Vámonos, que es tarde».

Carmiña no se arredró. Obediente hasta el fanatismo en tantas ocasiones, en alguna era insubordinada hasta la heroicidad. Púsose en pie, sin apresurarse nada; se despidió de su padre, de D. Apolo, de las señoras; y por último, echando a Cándida los brazos al cuello, la dijo no sé qué al oído. El efecto del secreteo fué tal, que la muchacha exclamó con decisión: «Si te vas tú, yo también quiero irme: Román, marchémonos en seguida». Y, en efecto, las dos señoras tomaron a un tiempo sus abrigos, y sólo en la calle se separaron, dirigiéndose a sus respectivas casas.

El que tenga la paciencia de leerme puede juzgar de la marejada que en el baile se produjo. Donde se desató más tempestuosa fué en el bando de Dochán. Formóse un círculo, en que un redactor de *La Aurora*, Requenita, comentaba durísimamente la acción de sacar a la señora de Unceta del baile, escurriéndose desde ese terreno al de las apreciaciones sobre la conducta política y privada de mi tío. Por allí cerca andaba el director de *El Teucrense*, que replicó de manera insultante, diciendo que al menos el mobiliario de mi tío no era adquirido por ninguna corporación, y disparando luego contra el mismo Requenita, con alusiones a los fondos de cierta suscripción, que habían dado fondo en el fondo del bolsillo del redactor de *La Aurora*. La disputa paró en una

especie de reto. «Ahí fuera me lo dirá usted, si quiere», contestó Requenita a la provocación más directa de su adversario. Intervenimos, les calmamos, y al parecer quedó arreglado todo.

A eso de las cinco de la madrugada, que es tanto como decir que era día claro, salíamos juntos del Casino el director de *El Teucrense* y yo. Habíamos cenado, y aturdidos por el sueño y unas copas de detestable pseudo-Champaña, mirábamos con sorpresa, parpadeando la luz solar, cuando al poner el pie en la calle se arrojaron sobre nosotros cuatro o cinco individuos, vociferando interjecciones. Eran los de la turbia *La Aurora* periodística. Nos amanecía a palos. Venían armados de garrotes, y el primer lampreazo cayó, sonoro y magnífico, sobre las espaldas del director de *El Teucrense*, que retrocedió, pálido de susto, gritando: «¡Indecentes... canallas!» El siguiente fué para mí, y me alcanzó en el sombrero, que por fortuna resguardó mi cabeza. Pero secundaron, y sentí el golpe en la mano, tan doloroso, que encendió mi furia, y en vez de pedir auxilio, me arrojé sobre el que acababa de herirme, le desarmé, y con su propio bastón le perseguí, sin conseguir pegarle, porque apeló a la fuga. A todo esto ya se habían reunido varios rezagados del baile, con esa prontitud que tienen las gentes para enterarse de los acontecimientos y acudir a su teatro. Levantaron del suelo al del *Teucrense*, que se quejaba de puntapiés y pisotones, amén de los bastonazos; y a mí también quisieron acudirme con remedios farmacéuticos y caseros, éter, agua, vinagre. Mi juvenil orgullo se rebeló. Protesté. «Si no tengo nada. Total un palo en la mano. ¿Ven ustedes? No hay hueso roto. La manejo bien». La agresión había sido tan imprevisible, que yo no sabía el nombre de mi apaleador. «Se llama Rivas Moure. Es uno que por influencias de Dochán desempeña interinamente una cátedra del Instituto». Sin querer, y como si masticase alguna

cosa pesada e indigesta, al retirarme a mi casa iba murmurando: «Rivas Moure, Rivas Moure» La mano me escocía. Por fortuna era la izquierda.

XIII

Y digo por fortuna, porque, a la verdad, el ser apaleado e inutilizado a causa y en defensa mi tío me parecía la mayor primada del mundo. Era indudable que en concepto de sobrino de don Felipe Unceta me habían pegado, y esta injusticia de la suerte me envenenaba la sangre. Hasta entonces, en diferentes camorras con compañeros, yo había vapuleado sin recibir. Ahora me zurraban a traición, y el palo a mi tío iba dirigido moralmente; pero al fin daba en mi cuerpo. ¡Rayos y truenos! En mi interior repetía: «Rivas Moure... ¡Ah! Yo te pillaré.»

Hubiese dedicado a esta caza el día, si la casualidad no lo dispusiese de otro modo, quizá más oportuno y conducente a mis planes. Presentóse en mi casa azoradísimo, a cosa de las once, cuando aún tenía yo la mano envuelta en paños de árnica, el director de *El Teucrense*, descolorido y desencajado, y en pocas palabras me enteró de que le ocurría un lance... un lance serio, comprometidísimo: y era que *La Aurora*, sobre haber lucido para él de tan desapacible modo, ahora, a las diez de la mañana, le había enviado dos padrinos, los señores Dochán y Rivas Moure cuya visita tenía por objeto buscar «solución honrosa» al conflicto provocado por la mañana a la salida del baile. «De modo que —decía el pobre diablo, pues en el fondo no era otra cosa el director— aquí me tiene usted, después de que me han agredido brutalmente, metido de cabeza nada menos que en un desafío. ¡Le digo que nuestra misión es una serie de amarguras! Un desafío.. Yo había pensado en us-